

Memorias de un abanderado

Entre los libros históricos de más agradable lectura que se han publicado en Colombia, ocupa lugar distinguido el volumen, corto en páginas pero rico en preciosos datos, que se publicó en Bogotá en 1876 con el modesto título de *Memorias de un abanderado*. El héroe de este interesante y ameno relato es su propio autor, don José María Espinosa, el cual confió sus apuntes a don José Caicedo Rojas, quien lo exornó con las galas de estilo propias de tan eminente escritor.

Fué el señor Espinosa un santafereño auténtico, enamorado fiel de su ciudad natal y de sus viejas tradiciones, valeroso sin fanfarronería, exento de ambiciones, modesto por temperamento y dotado de ese ingenio chispeante que no se extingue ni en los más peligrosos trances y alegra las trágicas horas de la derrota, de la prisión y aun de la misma muerte.

Tuvo el señor Espinosa, como tantos otros de sus paisanos, talento artístico, y halló ocasión magnífica para manifestarlo en el retrato del natural que hizo del Libertador Bolívar y en la galería de lienzos destinados a conservar las nobles fisonomías de los más ilustres caudillos de la Independencia. Pero su ingenio nativo, perspicaz y burlón, se explayó también en el campo de la caricatura —a pluma y a la acuarela—, para la cual tenía singulares dotes y de cuya fina observación e ironía no perdonó ni a su propia persona.

Entre mis caros recuerdos de infancia conservo el de aquel viejecito de aspecto simpático, de ojos vivos y sonrisa picaresca, a quien vi en alguna ocasión en su quinta colonial, situada no lejos de la de Bolívar, sombreada por grandes árboles, llena de flores y cruzada por murmurantes canales de aguas purísimas, las cuales iban a parar a grandes albercas que convidaban al baño en las horas calurosas del medio día; aquel hombre era un optimista que sonreía comparando su exigua pensión con los servicios que había prestado a la patria naciente, y su modesto grado con el que ostentaban los generales de ocasión nacidos al calor de las guerras civiles.

Tuvo el señor Espinosa el buen acuerdo de dedicar los últimos años de su larga vida a salvar del olvido los recuerdos de su primera juventud, ejemplo que dieron pocos de nuestros héroes, pues los más de ellos se llevaron a la tumba tantos episodios interesantes de que fueron actores o testigos presenciales, privándonos así de un rico tesoro de noticias.

En su obra, narra el señor Espinosa un episodio de grandeza épica en su rápido y triunfante desarrollo, pero que tuvo un final inesperadamente trágico. Allí aparece, en la plenitud de sus extraordinarias condiciones y en el momento decisivo del destino adverso que lo acompañó en todas las grandes empresas de su vida, el insigne bogotano don Antonio Nariño, precursor de la Independencia y encarnación fidelísima del espíritu mismo de su ciudad natal; aquella campaña en que Nariño tomó parte y su leal abanderado nos cuenta en sus *Memorias* fué una serie de triunfos inverosímiles sobre la naturaleza y sobre los hombres, y una más inverosímil catástrofe final...

Tenía Nariño las cualidades que caracterizan a los grandes conductores de hombres, y ejercía un influjo magnético sobre sus soldados, a quienes animaba en los instantes de peligro con actos de temerario arrojo. Fué tal vez imprevisor, pero lo fué también Bolívar en más de una peligrosa circunstancia, con la diferencia de que la imprevisión que llevó a Nariño a su lar-

go cautiverio en España no impidió a Bolívar escalar las cumbres de la victoria. La fortuna no fué generosa al distribuir sus coronas entre estos dos grandes hombres de América. Ambos fueron seres superiores, pero sólo a uno de ellos le correspondió el privilegio augusto del genio y de la más alta gloria.

Para apreciar el cuadro magnífico de la Guerra Magna no basta conocerla en sus grandes rasgos, en los momentos épicos de las batallas decisivas, en las marchas gloriosas al través del continente: hay que estudiar también relatos como el del abanderado de Nariño; darse cuenta de los terribles sufrimientos, de las hambres, de las desnudeces, de los peligros diarios, de la lucha con una naturaleza hostil, en una palabra, del cúmulo de adversidades que parecen superiores a la resistencia de un hombre, y que fueron soportadas impávidamente por militares improvisados que se habían criado dentro del ambiente apacible y monótono de la vida colonial. Esa legión juvenil fué arrebatada por un torbellino de hierro y de fuego al campo de la lucha, dejando sembrado de cadáveres el camino de la victoria. Al leer la historia de la Independencia Americana recuerda uno la frase bíblica: "Entonces había gigantes sobre la tierra".

Antonio Nariño ha sido objeto recientemente de valiosos estudios históricos que han atraído de nuevo la atención del público hacia su compleja personalidad. A don Raimundo Rivas debemos el primer volumen de una hermosa biografía consagrada a quien llamó *El andante caballero*. Abrigamos la esperanza de ver pronto impreso el segundo tomo de esta obra, en que compite la riqueza de la información histórica con la elegancia de la narración. Otro miembro de nuestra Academia Nacional de Historia, don Jorge Ricardo Bejarano, nos dió poco después una biografía completa del Precursor, muy celebrada entre los estudiosos como pintura animada y viva del héroe y del cuadro en que se movió su infatigable actividad y la cual, además, dió origen a importantes polémicas sobre la manera como el autor apreciaba un episodio interesante de la vida de Nariño.

Muy oportuna es, pues, la reproducción de *Memorias de un abanderado*, precioso documento histórico que se lee con tanto interés como una novela, pues ya nos hace asistir a las batallas, ya nos permite entrever las regiones pavorosas que señorea la inmensa mole volcánica del Puracé, ya nos presenta a Nariño entregado al combate adornado con su vistoso uniforme militar, ya nos permite asistir a la llegada de Bolívar a Santa Fe de Bogotá, después de la batalla de Boyacá, galopando solo, de incógnito, en forma tan peligrosa que estuvo a riesgo de ser recibido en la punta de la lanza por el terrible patriota, general Maza, quien, por equivocación, pudo haber sacrificado en aquel instante al genio de América y con él la libertad de cinco naciones. Estas *Memorias* merecen vivir para siempre como recuerdo de un soldado valeroso, de un ciudadano eminente, de un modelo de virtudes cívicas y privadas.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.